

# POLANCO EN LA MEMORIA

Carlos Véjar Pérez-Rubio

*¡Todo el oro del mundo parecía  
diluído en la tarde luminosa!  
Apenas un crepúsculo de rosa  
la copa de los árboles teñía*  
Juana de Ibarbourou, *La promesa*

**E**l velero navegaba veloz en el estanque, sin apurarse apenas por el sordo ronroneo de los barquitos de motor que hacían sus evoluciones en la orilla opuesta. El vendedor de globos observaba curioso la escena. Los gritos de los niños se confundían con los cantos de los pájaros y las notas provenientes del teatro Ángela Peralta, en cuyo foro al aire libre amenizaba, como todos los domingos, la Orquesta Típica de la Ciudad de México. Una suave brisa agitaba las frondas del tupido arbolado del Parque Lincoln, frecuentado a esas horas de la tarde por numerosas familias del rumbo. Este parque fue el primero de la colonia, nombrado así como un homenaje a quien supo oponerse valientemente a la Guerra Mexicano-Americana (1846-1848) cuando era representante o diputado del Congreso de Estados Unidos, varios años antes de ser presidente: Abraham Lincoln. Los mexicanos teníamos que reconocerle ese gesto. Su estatua la tenemos presente.

Polanco, ¿a quién se le habrá ocurrido ponerle el nombre de ese pueblito de la costa cantábrica de España a esta



colonia residencial de la capital mexicana? Chavo y yo nos lo preguntábamos cuando caminábamos esa tarde por la calle de Emilio Castelar rumbo a la Torre del Reloj, después de haber probado las delicias del restaurante portugués, la copa de oporto y el vino verde incluidos. Teníamos que preparar la entrega del concurso y había que tomar también unas fotos del monumento a Simón Bolívar, situado en el cruce de Julio Verne, Campos Elíseos y Reforma, la antigua entrada a la urbanización. Martin Luther King, otro prócer estadounidense, nos miraba desde su monumento en la calle perpendicular del parque, Julio Verne, precisamente. De parques y monumentos estaba llena esta colonia, la más hermosa de la ciudad. Uno más: el del presidente de Hungría Tomáš Garrigue Mazaryk, situado en una glorieta de la avenida del mismo nombre: Presidente Mazaryk. Eran los años sesenta. Seis millones de habitantes poblábamos entonces la capital.

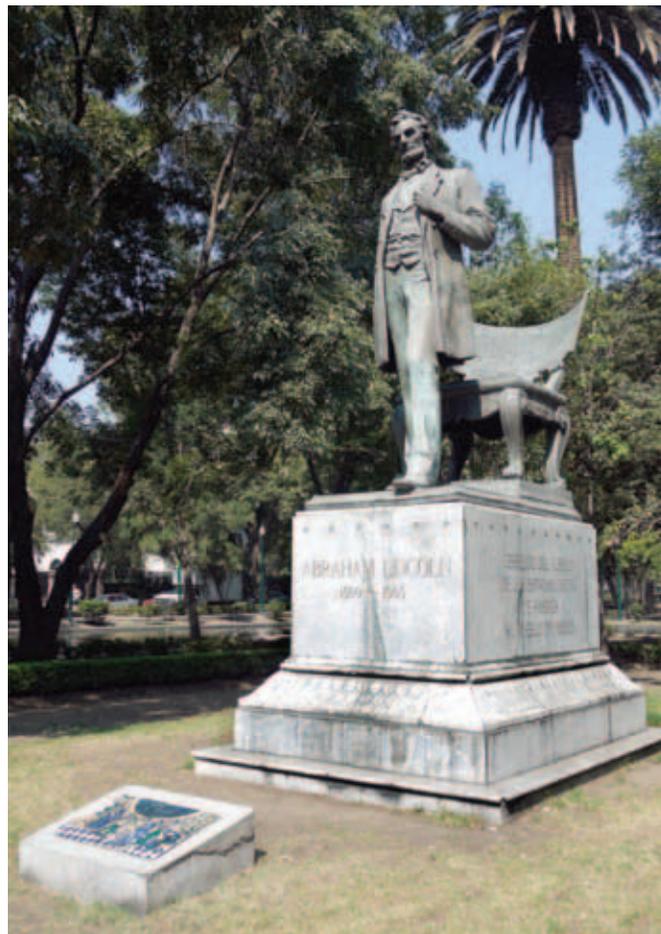
Aquella otra estatua siempre me llamó la atención. Estaba a dos cuadras de la casa de Elicinda, al frente de un



parquecito que llevaba el nombre de su país: Plaza Uruguay. Cuando caminaba con ella por la avenida Horacio para comprar pastelitos en El Globo, pasábamos a su lado. Elicinda lo señalaba siempre con el dedo y repetía su nombre: José Gervasio Artigas, prócer de la independencia de la República Oriental del Uruguay. Y no estaba solo el héroe. Quien le daba nombre a la calle posterior del parque, Juana de Ibarbourou, era también uruguaya, una famosa poeta de principios del siglo XX. Yo me había aprendido de memoria un pedacito de un poema suyo, *Vida aldeana*, para recitarlo al pasar: *Iremos por los campos, de la mano, / a través de los bosques y los trigos, / entre rebaños cándidos y amigos, / sobre la verde placidez del llano*. Imaginábamos que en la capital de ese país hermano, Montevideo, debería haber algo así como una Plaza México, tal vez con una estatua de Benito Juárez, el Benemérito de las Américas, y una calle aledaña que se llamara Sor Juana Inés de la Cruz. Tal vez. Habrían de pasar varios años para poder verificarlo.

Los años sesenta. Ese poema, *Vida aldeana*, me había gustado mucho porque lo contraponía con el ajeteo de la “vida urbana” de la ciudad de México, que ya para entonces era desmesurado. Pero a mí me había tocado la fortuna de que ella viviera en Polanco, una suerte de oasis en donde se respiraba el aire fresco y la historia del colindante Bosque de Chapultepec. Esta colonia residencial había surgido a fines de la década del 20, cuando se fraccionaron parte de los terrenos que habían pertenecido a la Hacienda de los Morales, aprovechando la ampliación realizada al Paseo de la Reforma hacia el poniente de la capital. Por esos mismos rumbos, en las faldas de la cordillera occidental del Valle de México, se desarrollaría también por esos años el exclusivo fraccionamiento llamado originalmente *Chapultepec Heights*, más conocido después como Lomas de Chapultepec, en donde habría de posicionarse selectivamente la alta burguesía mexicana (el Pedregal de San Ángel sería su otro asentamiento favorito).

En un principio fue fraccionada el área que comprende el Parque Lincoln, la avenida Julio Verne y la calle de Campos Elíseos, donde se encontraba el Río de Los Morales. Una vez finalizada la urbanización de estos terrenos, cuando la colonia comenzó a crecer, se desarrollaron las secciones restantes. Para la nomenclatura de las calles se tomaron los nombres de humanistas, escritores y filósofos célebres, de las más variadas épocas y procedencias, lo cual me fascinaba: Horacio, Homero, Moliere, Schiller, Eugenio Sue, Lope de Vega... Petrarca –la calle de ella–, a unas pocas cuadras de Mariano Escobedo. Polanco recibió a gente de la clase media alta que buscaba escapar del centro de la ciudad, así como a profesionistas y residentes de antiguas colonias, como la Juárez y la Roma, que habían comenzado a envejecer.



Pacífica, tranquila, bien dotada de los servicios necesarios, la colonia se caracterizó además, desde sus inicios, por ser asiento de varias comunidades extranjeras radicadas en la capital, como la judía, la española, la alemana y la libanesa, las que le dieron un perfil cosmopolita, incrementado en las últimas décadas por el turismo. Allí se desarrolló, en la arquitectura de muchas de sus mansiones de los años 30 y 40, el llamado estilo californiano, bautizado por alguno de los maestros de la época como “estilo Polanco”. Chavo y yo, estudiantes de arquitectura en la UNAM, recibiríamos aquí las primeras vivencias en este campo tan importante del quehacer humano. Ya la vida nos llevaría después por otros rumbos, pero nunca habríamos de olvidar estas calles y avenidas, estos parques y monumentos, esta gente tan pacífica, tan creativa, tan diversa. La buena gente de Polanco. Un rincón apacible de la ciudad de México, en aquellos tiempos. ☐

**Carlos Véjar Pérez-Rubio** (Ciudad de México, 1943). Arquitecto mexicano, escritor, Maestro en Historia del Arte y Doctor en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. Investigador del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (CIALC) y profesor de la Facultad de Arquitectura de la UNAM. Director general de *Archipiélago. Revista Cultural de Nuestra América*. Es autor de siete libros individuales, el más reciente de ellos es *Amanecer en las islas. Rutas y retos de la integración de Nuestra América* (CIALC-UNAM, 2015). Ha coordinado los libros: *Globalización, comunicación e integración latinoamericana* (CEIICH-UNAM, 2006); y *El exilio latinoamericano en México* (CEIICH-UNAM 2008, segunda edición CIALC-CEIICH 2010). Trabajos suyos han sido publicados en nueve libros colectivos.